



“**H**ace pasado de todo un poco que mejor mecase a Oscar Pinochet de la Barra. Como abogado, escritor, hacendado de latidos, diplomático, amigo-cliente de pintores y poetas, diplomático en Moscú o explorador de los países, la vida de este hombre —hay al borde de los 80— ha sido, según su propia definición, la de un “pasepase” inusual de aventuras.

Se casa recién con una botellada de entendidos. En el living ostentoso, nuestras notables de pintura rusa, erivadas de Bohemia, hombres japoneses y otros amantados de quién sabe qué existencias procedentes.

En otra habitación, varios estantes colmados de libros circulan una mesa sobre la que descanza una antigua máquina de escribir —“mi Olivetti” — por la que han pasado miles de páginas cargadas de historias.

“Todo el mundo me ve como el abominable hombre de las nieves”, dice abriendo a su cargo actual como director del Instituto Antártico Chileno y a su vasta labor como investigador de los fríos. “Pero lo que yo soy en realidad es escritor.”

La defensa no es vana. De la Olivetti rumbo a la imprenta han salido dos novelas, 15 ensayos, 10 antologías y un libro de poemas. A veces se suena su última faccenda en las letras, “Memorias Poco Diplomáticas” (Editorial Andrés Bello), que será lanzada oficialmente el día de noviembre, pero que ya se encuentra en librerías. Se trata de un sabroso recorrido por distintos episodios de su vida, con un especial acento en su carrera diplomática, fuente de innumerables anécdotas.

“Escribí este libro para poder mostrar a la gente los lugares más raros y las personas más curiosas que he tenido la suerte de conocer. No es una biografía —que por lo general son aburridas—, son recuerdos por aquí y por allá, que no siguen un orden cronológico, se ordenaron solos.”

En que no es fácil ordenar la vida de Oscar Pinochet de la Barra, y mucho menos resumirla en 200 páginas. Tanto en Chile como en su periplo por el mundo acumuló vivencias colosales: sus reyes, emperadores y otros notables. De ellos dos libros, en la misma habitación de la Olivetti, una variedad de retratos, caricaturas y otras fotografías. Los emperadores de Japón Emperador y Akihito, Pedro Norberto, el Cardenal Silva Henríquez, el Rey de Noruega, Indira Gandhi, el Papa Paulo VI, Claudio Arce, Salvador Allende y hasta Valentina Tereshkova tienen un lugar —una historia— en sus galerías de estanterías.

Para completar la abominable aventura, en el libro están dibujos de estatuas en desfilando y otros diplomas de sus que los emperadores puede viajar. Ellos confirman que Oscar Pinochet de la Barra es miembro de la Legión de Honor de Francia —condecorado por Francisco Meryand— que recibió la Ciudad de Nueva York en la Academia Chilena de la Lengua y que participó en la primera olimpiada de la Universidad Católica, por nombrar algunos.

DETRAS DE LA CORDILLERA
“Sej machino de tanto y tanto”, afirma catagórico para comenzar a relatar su itinerante historia, que, en 1920, en un hogar modesto por un joven empleado de la nacional Canguineros del Banco de Talca.

Mi infancia en Talca fue como la de cualquier muchacho de provincia, absolutamente tranquila. Quiso ser lo que me gustaba tanto el resto de mi vida, tenía una inquietud perpetua.

Como la el mundo a través de las



Abominable Hombre De los Viajes

● Pocos chilenos tienen la posibilidad de contar tantas historias como Oscar Pinochet de la Barra. Al borde de los 80 años, está próximo a lanzar sus “Memorias Poco Diplomáticas”, un sabroso recorrido por las mil y una aventuras que le tocó vivir durante sus agitados años en el servicio exterior. Cazando patos con princesas o recorriendo Siberia para imaginarse la Antártica futura, las azarosas experiencias de este personaje contrastan con su tranquila infancia de maulino en la que se preguntaba cómo sería el mundo detrás de la cordillera.

páginas de El Mercurio, que llegaba a mi casa entre de las cuatro de la tarde. Yo vivía del colegio a las cinco y me instalaba a leer. Siempre he tenido una curiosidad insaciable por saber por qué y dónde pasan las cosas. Recuerdo que en Talca miraba la cordillera y me preguntaba cómo sería el mundo al otro lado.”

A los 18 años comenzó a descubrir que había más allá de sus fronteras. En los primeros meses de 1939 partió a Santiago a estudiar Derecho en la Universidad Católica y a desmenuzarse con el arte y la cultura, que pasaban por un momento de gloria en la capital.

—Esa era una época maravillosa que “qué” con la guerra en Europa porque muchos artistas se vinieron a América; entonces en Santiago teníamos los mejores orquestas, el mejor ballet, la mejor ópera.

Pero como me inquietaba un año solo ver y escuchar, ingresé al ballet del destacado coreógrafo alemán Ernst Ebert, al teatro y al coro de la universidad, y a la Academia Católica, dirigida por el Padre Hurtado.

Con apenas 21 años escribí un tratado que titulé “Naturaleza jurídica del dandito polaco”, que le valió un premio de la universidad y que, aunque él no lo sospechaba, sirvió de unión con los libros que sería el motor inicial de su carrera de traductor. Dos años más tarde escribí su memoria de abogato, que se llamó despectivamente “La Antártica Chilena”.

—Era la primera vez que una memoria universitaria recibía el premio literario de la Municipalidad de Santiago. Era un premio de dos mil pesos, así que aproveché y con la mitad me compré un abrigito.

“**ACORREO Y FLAQUEO**”

El premio, no flamante título de

abogado y un premio con cargo de subsecretario le abrieron las puertas del Ministerio de Relaciones Exteriores. “El ministro Joaquín Fernández vino a un muchachito negro y flaqueo, pero creyó en mí y me mandó a estudiar sobre asuntos polares a París.”

En Santiago me había desdoblado con el Teatro Municipal, imaginé cómo quedar en París. Viví los artículos después de la guerra y había mucha euforia; estaba en la época del exaltacionismo y me encontré con Juan Paul Sartre y Simone de Beauvoir en el Café Boulevard Saint Michel... era increíble.

Regresé a Chile y tiempo después le asignaron el cargo de tercer secretario de la embajada en París, lo que le permitió volver a los tratos culturales por tres años, después de los cuales la diplomacia lo llevó a Bolivia por un tiempo breve, pero suficiente para conocerse de Cuzco, hijo de un ex ministro de hacienda, embajador y dueño de diques, al que los valores de la política local deportaron a Buenos Aires. “Allí me fui a casar, porque hay que casarse donde está la novia, así es su privilegio.”

De Buenos Aires a Santiago y de ahí a Nueva York, como miembro de la delegación chilena en Naciones Unidas. Allí, escribiendo a Merito, escribió su primera novela.

“Yo soy machino antes que nada, un machino perdido en el mundo, y como tal me encanta la novela. En Nueva York la escribí durante seis meses. Cada día eran 40 minutos después de almorzar, escribía dos o tres páginas de mi novela.”

—De qué trata “El tiempo no pasa”? —De amor, de qué más puede tratar una novela?

EN ORBITA CON LA TERESHKOVA

Un breve tiempo como encargado de negocios en Bruselas y de nuevo a hacer malotes: el gobierno de Eduardo Frei Montalva lo requirió en el cargo de subsecretario de Relaciones Exteriores. Con el presidente lo unió un sentimiento de amistad y admiración, además de los recuerdos del tiempo en que había sido su alumno. De esas sensaciones se alimentó nuevamente su pluma para dar vida a dos libros sobre el pensamiento y las obras del Maoísmo.

El otro personaje que en su autobiografía fue el Cardenal Raúl Silva Henríquez.

—Esa día me llegó su secretario y me dijo que el Cardenal quería recibirme. Fui y lo encontré en su escritorio, al lado de una gran caja de cartón. La abrió y me dijo: “¿qué se parece todo esto?”. Yo le contesté: “buenos, esas son carpetas y papeles”. “Bí, quiero que usted escriba mi biografía”, respondió, y yo me fui al lado de la misma caja.

Así como otros dos personajes marcaron el pensamiento de Oscar Pinochet, dos países le abrieron los ojos frente a la diferencia: la Unión Soviética y Japón.

Durante los últimos tres años del gobierno de Frei Montalva fue embajador en Moscú. Allí, queriendo bromas a los espías siempre presentes de sus movimientos y comentarios, volvió a dar rienda suelta a su pasión por el arte.

Afirmado a la alternativa, fue muy amigo de los primeros y pocas veces disidentes.

—Las visitas a todos, pero a

excepciones porque no podía salir más allá de 40 kilómetros desde el centro de Moscú sin un permiso especial, y si uno

lo podía para ir a ver a un pintor o a un poeta, lo entendían. Entonces me usaba mi auto como que me conseguía uno ruso y me iba medio camuflado.

Pero no solo artículos como si en la tierra de los soviets. En sus años por cubrir la amistad entre ambos países como le exigía su cargo, se encontró con la comandante Valentina Tereshkova, hasta entonces la única mujer que había estado en el espacio. Ella presidió por ese tiempo el Comité de Mujeres Soviéticas, una institución que lo había sido recomendada al embajador para estrechar lazos.

Olivetti una nota en honor de la suada rusa, con tal dicho, que al momento de la despedida y haciendo uso de la tradición, la homenajeada besó al anfitrión tres veces en la boca. Rato después, uno de sus hijos le comentó: “Papá, te dejaron en la boca”.

Más de 90 mil kilómetros —dos veces la vuelta a la Tierra— registró Oscar Pinochet en ese país que lo fascinaba.

“Recuerdo todo, especialmente el arte soviético, tratando de ver cómo viven millones de rusos con una arquitectura especial y una forma de vida organizada. La hacía pensando en cómo van a vivir los chilenos en la Antártica del mañana, y me impresionaba viendo cómo ciudades de 186 mil personas cultivaban sus verduras en invernaderos de cuatro metros cuadrados...”

CADERNA EN JAPÓN

La siguiente vez que hizo malotes fue para establecerse, como embajador, en Japón. “En un país difícil, lleno de gente complicada, pero maravillosa, son un ejemplo en muchas cosas, especialmente en seriedad y disciplina.”

Allí el emperador Hirohito recibió sus credenciales con sencillo protocolo, paño al día siguiente, apareció en la plaza “a para para”, con la corona afuera del pantalón y una especie de “dispositivo sonante” —según cuenta Oscar Pinochet en sus memorias—, revolviendo espigas para su colección de bilingües muertos.

Igualmente curioso encontraba el delgado chileno la suelta de patos a la que, con cierta frecuencia, eran invitados los embajadores, previos simplemente de una red para atrapar mariposas. Con gran profusión y cuidado de no quedar con la primera Chichincho estropeada en la delicada arena de casa, Pinochet y su esposa se entregaban con fascinación al cultivo de la misma.

En Japón lo encontró septiembre del ‘71. Por arribó llegó el diario con los titulares del suicidio de Akihiro, la toma del poder por la junta militar y los miembros de los generales japoneses.

—Lo primero que le dije a mi mujer fue: “Mira, si fin los Pinochet vamos a gobernar Chile”, recuerda entre risas. Pero lo generalizó a lo que un tabernáculo en común. Apenas conocida la noticia de los sucesos en Chile, Oscar Pinochet presentó su renuncia a la embajada y, además de aceptación, la despedida del ministro.

—No sabe Augusto Pinochet el terror que me hizo, primero porque volvió a Chile, y segundo, porque pude escribir cartas de los libros.

Los últimos diez años de esta errante historia pública los vivió en la casa de su hijo. De las ganas de uno de ellos debió rescatar hacer un tiempo a Olivetti.

—Mueve así que cuando me encontré en el PC de mi mamá, porque yo soy escribiendo en ella. Tengo ganas de escribir.”

Mónica Cuevas Urizar

Abominable hombre de los viajes [artículo] Mónica Cuevas Urizar

AUTORÍA

Cuevas Urízar, Mónica

FECHA DE PUBLICACIÓN

1999

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Abominable hombre de los viajes [artículo] Mónica Cuevas Urízar

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile